
nuestros padres en once de sangre y de martirio. Que vengan las legiones del imperio francés. Nos encontraran en guardia. ¡Pueblo de México! ; en nombre de Hidalgo, en el aniversario de la independencia, jura antes morir que dejarte arrebatat la libertad de la Patria!

IV

CONCIUDADANOS :

Hoy, vosotros que sois leales hijos de la República, podeis llevar alta la frente y orgullosa la mirada porque lo que estais viendo encumbrar la esfera, no es el astro melancólico de nuestros malos dias, nublado por las sombras de un recuerdo funesto, sino el hermoso, el grande, el divino sol de Mayo, el sol de la victoria, el Dios de la América libre que cruza el azul de nuestro cielo con sus pompas de triunfo y con sus rayos de gloria.

Pronunciado el 5 de Mayo de 1865, en la ciudad de Acapulco por encargo de la Junta Patriótica. Publicado por la primera vez en el periódico *El Nuevo-Mundo* de San Francisco, Alta California, número 214, correspondiente al 17 de Julio de 1865.

Saludadlo, mexicanos, saludadlo, y que vuestro grito vaya á oprimir el soberbio corazón del déspota del Sena y le haga comprender que este pueblo que celebra el tercer aniversario de la derrota de sus legiones francesas, no ha de llevar por mas que él lo diga, y por mas que él lo quiera, ni las cadenas de la Francia, ni las cadenas de su procónsul austriaco.

Y mientras que la crédula Europa, engañada por los órganos bonapartistas, juzga á la República Mexicana, no solo agonizante, sino sofocada bajo el sudario de la impotencia, mientras que allá se imagina á todos los pueblos de México subyugados por el valor francés y á todos los hombres convertidos en traidores, nosotros nos reunimos aquí, no temblando bajo las miradas de las cortes marciales, como los tristes liberales del centro, no para depositar una corona votiva en la tumba de Zaragoza, á guisa de ladrones nocturnos; sino libres, indómitos, soberbios, al pié de nuestros estandartes republicanos, en medio de una tierra fatal siempre al despotismo, en el seno de una naturaleza en que se respira libertad, cubiertos bajo la ancha sombra de nuestras

altivas palmas, sintiendo el hálito poderoso de ese viento que agita las olas de nuestros mares y pisando la orla de esas montañas que elevan hasta las nubes sus frentes de pórvido, como otros tantos baluartes de la patria invencible.

Ni somos los únicos que se muestran así en México, porque á esta misma hora, se une á nuestra voz, la voz de nuestros hermanos invictos todavía en las sabanas del Norte, la de nuestros hermanos vencedores y terribles en Occidente, la de nuestros hermanos que acaban de hacer pasar bajo el yugo á los belgas de la guardia imperial en las gargantas de Michoacan, la de nuestros hermanos de Oriente para quienes la pérdida de Oaxaca es un estímulo y en el centro del mismo país, los rifles de nuestros guerrilleros saludan el gran día, en los oídos mismos de ese orgulloso ejército francés que se ve obligado á devorar hoy el amargo recuerdo de su humillacion, que se ve obligado á enlutar sus águilas por un doble motivo de pesar y de ignominia.

Por que la derrota que sufrió en Puebla es una ignominia, tanto mas grande, cuanto que hay guerras, como la que trajo á nuestra patria, en que aun la victoria es una ignominia

Cuando se defiende la patria, la libertad, la justicia, no hay escarnio en sucumbir por mas que se haya opuesto temerariamente la debilidad al poder, la ignorancia á la ciencia militar, porque siempre se encuentra en el fondo, el sublime móvil del patriotismo y del deber.

Así cuando los pueblos que han luchado desde los primeros tiempos contra esta vieja hidra de la fuerza brutal, cuyos pasos seculares, estan marcados en la tierra por un camino de desolacion y de muerte, ora aparezca llamándose Cambises, ora Jerjes, ora Alejandro; ó ya se diga civilizadora con Roma, religiosa con Turquía, libertadora con la Francia imperial ó déspota sin disfraz con Rusia; cuando los pueblos, digo, en su santa resistencia han sucumbido, es verdad que la adulacion ha celebrado su desdicha; pero la justicia ha apartado con repugnancia su mirada del vencedor, y ha velado su frente; pero los hombres, los pueblos y la severa historia que no confunden al ídolo del éxito con el dios de la virtud han llorado sobre los campos de sangre, han deificado á los vencidos y han consagrado su infortunio con el sello de la grandeza y de la sublimidad.

Mas cuando, por el contrario, se combate por la tiranía, cuando se hace ostentacion cínica de la violencia, cuando se pretende conquistar á un pueblo y matar sus libertades — éntonces — el menor obstáculo, el menor revés son una grande vergüenza, una humillacion que toman proporciones colosales, como esos castigos míticos, impuestos por los dioses á la soberbia y á la impiedad.

Por eso la Persia gemía al recuerdo de Maraton, por eso la altiva Roma se llenaba de rábia al ver sus águilas perdidas por Varus en los bosques de la Germania, por eso Turquía nunca perdonará á Polonia haber producido á Sobieski, por eso Francia nunca amará á España, recordando á Bailen, por eso el Brasil odia siempre á los hombres libres de las pampas argentinas, recordando á Ifusaingó. Por eso tambien el déspota de Francia llevará hasta el sepulcro, á cuyo borde parece acercarse, la llaga abierta por el 5 de Mayo, sangrando siempre.

Y es: que en semejante caso, la victoria es tan grandiosa para el vencedor, por ser la victoria del derecho sobre el crimen, como la derrota mortificante para el vencido por ser la

genuflexion de la vanidad ante la Justicia, el terror de la fuerza ante la debilidad. He aquí por qué la humanidad contempla con una sonrisa de desdén la caída de los Goliath del despotismo y con una mirada de simpatía el triunfo de los David de la libertad.

Ahora bien : que la derrota del 5 de Mayo sea una humillacion para el imperio francés : que los mexicanos tengamos razon en llenarnos de orgullo al celebrarlo ; que el mundo lo enumere entre los castigos mas infamantes que hayan flordelisado la espalda de los déspotas, nada mas justo y basta narrar los hechos para comprenderlo. Escuchadme y seré breve, pintandoos á grandes rasgos aquella situacion.

En 1861 el Congreso mexicano, á proposicion del Ministerio, decretó la suspension de pagos de la deuda extranjera, por motivos de política interior. Entónces tres grandes potencias firmaron el convenio de Lóndres para intervenir en México.

Inglaterra y España estaban irritadas porque eran acreedoras por deudas de millones. Francia se fingió irritada tambien , pero casi no era acreedora. Los miserables noventa mil pesos

de la convencion Penaud estaban á su disposicion en el instante ; las reclamaciones de súbditos franceses eran un absurdo ridículo, y el cobro de Jecker era un robo infame que todavia no estaba cubierto con el pabellon francés.

Con todo, el Imperio francés fué el que tuvo mas empeño en esta alianza.

Las fuerzas de las tres naciones llegaron á México. Sus delegados intimaron á nuestro gobierno sus pretensiones. México no tenia inconveniente en deferir á su pedido, salvaguardando el honor nacional, ofreció hacer el pago y la alianza tripartita desarrugó el ceño y alargó la mano en la Soledad.

Entre naciones, como entre individuos se estipulan y discuten las condiciones de un pago. Una convencion diplomática debia seguir á los preliminares y entre tanto no habia guerra, no podia haber guerra.

España y Francia tenian ejércitos que diezaban las fiebres de la costa. Pidieron cuarteles salubres, en el interior del Estado, pactando la retirada á sus antiguos puestos, caso de no realizarse ajuste ninguno pacífico. El gobierno mexicano ofreció la bella Orizaba que

abrió hospitalaria sus puertas á los extranjeros.

Todo parecia presagiar la paz, y ella habria llegado por fin, si las tres naciones ó mejor dicho si los tres gobiernos hubieran sido igualmente honrados, igualmente leales. Pero el francés, cuyo puñado de maravedises podia pagarse en un minuto, no habia venido por esa sola causa, y de repente y sin motivo alguno, rompió los preliminares y todavía mas, en lugar de volver á sus antiguos cuarteles para penetrar despues á fuerza de valor, creyó mas honroso no dejar á Orizaba, aun cuando cubriese de infamia su nombre; y digo no dejar á Orizaba, porque no salió de ella, sino para volver á entrar en seguida con ridículos pretextos.

Mirando semejante conducta, el generoso general Prim, representante de España, prefirió conservar puro el honor de su patria y se retiró con sus tropas indignándose, en nombre de la hidalguía española, de la perfidia de sus aliados.

El digno Lenox Wyke tambien conservó sin mancha la honradez británica y se retiró, indignado, en nombre de la altiva Albion.

‘ Pero ¿por qué obraba así el gobierno francés? ¿Por qué se respetaba tan poco en presencia del mundo civilizado y aun en presencia de la barbárie, puesto que el jefe salvaje que promete una vez no traspasar una línea, no la traspasa? ¿En Francia son otras las nociones del honor y del deber?

No: no son otras; pero los preceptos del honor y del deber no son tradicionales en la familia Bonaparte. ¿Se quiere una prueba? Pregúntese á España, cómo se apoderó Napoleon I de las plazas militares de su frontera.

Ahora bien: ¿y qué queria, pues, ese enemigo que echaba mano hasta de la traicion para internarse en nuestro país? Ya estais viendo lo que queria. No era el pago de la miseria convencional con el almirante Pe-naud.

Era que Napoleon III, habia fijado una mirada de codicia sobre México, desde que murmuraron á sus oidos algunas palabras ciertos hombres, ciertos prodigios de depravacion y de cinismo que no aparecen, sino de tarde en tarde, como la afrenta espantosa de los pueblos; que llevan en su alma el jugo exprimido

de la maldad humana y una ingratitud que puede servir de prueba contra los escépticos de que el mito bíblico de la ingratitud de los demonios, no solo es posible, sino que existe en el mundo.

Conoceis bien á estos mónstruos. Sus nombres llegan á oídos de los buenos mexicanos con cierto sonido que oprime el corazón. El uno conservador despechado corre á buscar á su soñado príncipe, lo retrata, lo exhibe, lo adula, lo aclama, le besa los piés en Miramar y le sirve como un lacayo, en su palacio de Roma; pero ahora devora su rabia, mirándolo en inesperado consorcio con sus antiguos enemigos los moderados, y se desahoga en imprecações.

El otro es el infeliz ambicioso á quien el dedo del menosprecio popular, ha apartado tantas veces del sillón de la presidencia, junto al cual rogaba, enclavijadas las manos, deshonrando la memoria de su heróico padre, cuyo nombre no lleva por fortuna y de quien no heredó mas que la materia. Este, de esfuerzo en esfuerzo, llegó hasta convertirse en palaciego de Bonaparte, que lo ha vestido con túnicas diversas y por último, hoy, despues de

haber sido gefe supremo en Orizaba, regente y teniente general en México, se ve convertido en mayordomo de palacio, empleo que no es mas que el de un criado de gran librea con Bazaine, Maximiliano, Ramirez y Escudero.

Los otros son obispos. Estos miserables que han hecho del Divino Crucificado un ídolo sangriento, un vampiro, no diferente de aquel á cuyos piés el teopixque ofrecia el humeante corazón de víctimas humanas, han vuelto á su patria trayendo en su mano el estandarte de la iglesia con un signo mas negro todavía que el de la tiara que significa oscurantismo, mas odioso todavía que la cruz verde del santo oficio que significaba intolerancia..... es el puñal de la traicion que significa parricidio, sacrilegio y algo mas, que el vocabulario del crimen no expresa y que la lengua no atinaria á repetir. Pero ahora, estos sacerdotes, murmuran palabras de maldicion, ocultos en las anchas sombras de las catedrales aún desnudas, hoy derraman lágrimas de rãbia al mirar sus viejos nidos derribados por la zapa de la Reforma ó trasformados por la mano de la Economía, hoy se cubren de ceniza los cabellos al encon-

trarse todavía frente á frente de la institucion elevada en México por la mano del partido puro: la libertad de cultos.

Todos expían dolorosamente su inaudito crimen, todos elevan al cielo sus ojos y lo encuentran cubierto de luto; pero no es eso todo, y su emperador no tiene mas mision que la de empezar su proceso. Ya vendrá el pueblo, el buen pueblo, el pueblo que obra justiciero, no el mentido pueblo que canta *hosannas* á todos los recién llegados, que protege á los traidores y besa la mano de los frailes, no; el pueblo digno, el que lucha constante para tener el derecho de juzgar severo.

Pero volvamos al ejército francés:

Era, pues, un ejército conquistador, y nuevo Hernan Cortes, Lorencez iba á satisfacer los deseos que encendiera en el corazon de su amo, la supercheria de aquellos criminales. Una vez en Orizaba, no habia mas que un paso á Puebla y otro á México: En esos pasos el regocijo del pueblo mexicano iba á colocar arcos triunfales, iba á convertir la carretera en una vía sacra. Esto decian los traidores.

Entre tanto el gobierno mexicano habia preparado un ejército, no llamando soldados de

campamento militar ninguno porque en esta República ser soldado es un derecho, pero no una profesion; el gobierno convocó al pueblo y la guardia nacional se presentó compuesta de valientes que aun no se despojaban de la blusa del menestral ó no cubrian la semi desnudez del agricultor.

A la cabeza de este ejército colocó á uno de los militares mas instruidos; pero al mismo tiempo uno de los hombres de mas poca fé que haya producido nuestra escuela de revueltas y de defecciones: el general Uraga.

Al ver este pobre ejército, el general se cruzó de brazos afligido: ¿cómo combatir á soldados aguerridos, con hombres así? Debieron haber parecido, en efecto, muy poco marciales á ojos europeos, puesto que el general Prim dijo: que no habria gloria en triunfar de estos soldados.

Pues bien: Uraga es organizador; pero no como el gran Morelos, ni como Bolivar, ni como Garibaldi á fuerza de génio y de prestigio; Uraga es organizador con dinero. Caminó de exigencia en exigencia y el gobierno con su erario exhausto no podia satisfacerlas. Uraga entónces desconfió del éxito con soldados que

no tenían prest, que no tenían vestuario, que no tenían el porte marcial que dan el uniforme y la larga vida de los campamentos, que aun no sabían evolucionar, que apenas conocían el manejo del arma.

¡Cómo! ¿Se iba á combatir con estos hombres contra los soldados que venían triunfantes de Marruecos, contra los que descansaban en los ejercicios de Chalons, de las grandes epopeyas de Italia, y de las terribles maniobras de Inkermann y de Alma?

Era demasiado pedir. Para esto era preciso tener un patriotismo de héroe y una decisión de mártir y Uruga ha probado bien: que no tiene mas que táctica.

Para esto era preciso tener dentro del alma un rayo de esa sublime grandeza de la Francia revolucionaria, como lo tenía Kellerman, cuando marchó con sus masas de reclutas con los piés ensangrentados y con los cuerpos enflaquecidos por el hambre para batir al soberbio ejército prusiano en Valmy.

Pero Uruga no era un Kellerman y el gobierno acabó por quitarle el mando.

← Sucedióle Zaragoza. Zaragoza no era general, en el sentido militar de esta palabra. Era

general como Morelos, como Galeana, como Guerrero, como Matamoros, es decir: tenía un ojo perspicaz, un arrojo de león, un prestigio que hacía adorarlo por sus soldados y todo con un fondo de patriotismo inmenso. Su escuela militar databa de tres años, en la guerra de Reforma. Zaragoza sufría la intemperie y estaba acostumbrado á la vida activa, como sus paisanos, los hombres de la frontera; por último, descollaba entre ese grupo de jóvenes desconocidos á quienes improvisó militares el odio al clero y que acabaron por dominar el infortunio y por humillar á los tácticos de la reacción, con la cadena de victorias que les abrió las puertas de la capital. Así, Zaragoza ha tenido por colegas á Coronado, á Patoni, á Gonzalez Ortega, á Rosales, á Corona, á Régules y á otros muchos que hoy ilustran todavía su nombre combatiendo por la patria.

Estas fueron las rudas lecciones de Zaragoza. Por lo demás no había tiempo entonces para estudiar los preceptos del gran Federico, ni lo había tampoco para leer á los sabios analistas militares del grande imperio. Apenas había tiempo para aleccionar un batallón

que se perdía á poco; pero con todo, Zaragoza pudo unido á Ortega ganar la batalla de Silao, mandar el sitio de Guadalajara y concluir con la reaccion en Calpulalpan.

Después había sido Ministro de la Guerra, y así coadyuvó á la batalla de Xalatlaco y dispuso la de Pachuca, en que Tápia derrotó á Márquez.

Zaragoza bajó del Ministerio á la sazón que se organizaba el ejército de Oriente, y se le dió el mando de una division. Cuando Uraga dejó el ejército, Zaragoza se puso á su cabeza.

Uraga había dudado; él no dudó. Zaragoza, sí tenía el alma que se necesita para esos prodigios de patriotismo.

Lorenz, después de la pérfida ruptura de los preliminares inspirada por Saligny y después de la cobarde ocupacion de Orizaba, atravesó las Cumbres de Acultzingo. Zaragoza se limitó á hostilizarlo en el honroso encuentro que Arteaga recibió la herida de que sufre todavía.

Lorenz se dirigió á Puebla con ese movimiento en que la rapidez está combinada con la regularidad y la potencia, y que constituye

un rasgo del carácter militar francés. Zaragoza se decidió á esperar á pié firme en Puebla.

Lorenz traía una division cinco mil franceses, compuesta de cuerpos escogidos y famosos. Zaragoza no superaba en número, por mas que cuentan los franceses despechados, porque si el ejército en tiempo de Uraga constaba de un poco mas, habíase disuelto una gran parte de él á consecuencia de los preliminares de paz. Además, Zaragoza, antes del combate de 5 de Mayo mandó desprender una gruesa columna para batir en Atlixco á los traidores. Así pues, lejos de ser igual el número, era inferior por parte de los mexicanos.

Los viejos tácticos de México, todos esos restos inútiles de los ejércitos de Iturbide, de Bustamante, de Santa Anna, de Paredes, todos esos hombres en cuya hoja de servicios puede estudiarse la historia de nuestra corrupcion y de nuestra guerra civil, porque han conquistado un empleo en cada defeccion; todos esos hombres de los cuales unos atacaban al gobierno liberal y otros vivían retirados, pero que en su mayor parte se habían habituado á correr en la campaña con los Estados-Unidos,